

La Crítica

Sabido es que los escritores, salvo alguna que otra excepción, cultivan especialmente, un determinado género literario; aquél que está más en consonancia con sus naturales aptitudes.

Sin embargo, el crítico, al ejercer tan delicada misión como es la de aquilatar el valor de las producciones ajenas, no vacila jamás, ante la apreciación de ninguna especie de obras literarias.

Sin la afinidad en el arte, como en el amor, no es posible arribar a una absoluta comprensión.

Sólo dos temperamentos afines son capaces de darnos, con el consiguiente asombro nuestro, esa rara fusión de dos espíritus, de la cual el crítico retornará extrayéndonos, con medios propios, la belleza y la emoción que hasta entonces, para muchos, yacían, inertes, bajo los caracteres de las letras.

De ahí esa afinidad de poetas incomprensidos de la crítica; la cual, al pretender interpretarlos, sólo consiguió poner de relieve las cualidades menos recomendables, presentándonos la apariencia externa de la obra, como la revelación de su verdad íntima.

No fueron interpretados, porque no fueron sentidos.

Y SENTIR a un poeta, no es más que la repercusión, en nuestra sensibilidad, de los estremecimientos íntimos que hicieron vibrar, agitados, los nervios sutiles del artista.

Si al estudiar ciertos ingenios muchos de nuestros críticos, tuvieran retina tan penetrante y humana, que los volviera capaces de ver, al través de las letras — sin diferencia esencial en el papel — el móvil oculto y real que estremeció la sensibilidad del creador, no se atreverían —! insensatos! — a mancillar con sus triviales comentarios, el dolor y la grandeza moral que aquéllos ocultaron, como un avaro su tesoro, en las blancas pasividades del papel.

Para el ejercicio de la crítica, no basta con el entendimiento y la erudición.

La obra puramente filosófica, puede interpretarse con sólo inteligencia; mas para la obra de belleza, necesitamos mucho corazón, un corazón capaz de penetrar en el espíritu humano y sorprender el por qué de esos sentimientos que agitan nuestras almas.

Ser, antes que filósofos, psicólogos: identificarnos con el alma de los demás, pero después de haber comprendido, plenamente, la propia.

Y esto no se consigue, sino mediante una gran afinidad de sentimientos y tendencias.

Creemos por tanto, que los críticos, lejos de abarcar todos los géneros, deben limitarse a aquellos, para los cuales nos muestren una indiscutible competencia.

Carmelo R. Hernandez.